

Recensiones de Libros

LA CERAMICA DURANTE LA EPOCA COLONIAL VENEZOLANA,
de Carlos F. Duarte y María I. Fernández.

Una vez más nuestro correspondiente en Caracas, D. Carlos F. Duarte, nos envía un producto de su incansable actividad investigadora en el campo del arte venezolano. Esta vez en colaboración con María I. Fernández. La Real Academia de Córdoba sabe que cuenta con un académico ejemplar en tan lejanas tierras, ya que la honra con su prestigiosa personalidad y mantiene siempre vivo el recuerdo y el afecto hacia ella cumpliendo religiosamente el precepto estatutario de enviarle todas sus publicaciones.

A su ya larga nómina de trabajos, añadió últimamente **Pintura e iconografía popular de Venezuela** (1978), **Historia de la alfombra en Venezuela** (1979), e **Historia de la escultura en Venezuela, época colonial** (1979), obras de profunda investigación. Sin tregua, Carlos Duarte lanza en 1980 su libro **La cerámica durante la época colonial venezolana**, libro, como todos los suyos, verdadero alarde de confección e impresión, con magníficas reproducciones a todo color a lo largo de sus más de trescientas páginas.

Dentro de la ingente tarea de revalorizar toda manifestación artística venezolana, encaja este eslabón cuyos fines se expresan en estas palabras de su «Advertencia», a modo de prólogo: «El propósito de este trabajo es el de mostrar y rescatar del olvido cuál fue el gusto del venezolano colonial por la cerámica que, en sus distintos tipos, se importó entonces al país, y cuáles son los ejemplos que han sobrevivido hasta nuestro días».

La labor llevada a cabo por estos investigadores ha tenido la suerte de contar con un previo afán de coleccionismo de estos objetos que, desde fines del XIX hizo que, no sólo se salvaran las piezas mismas, sino parte de la tradición histórica que las acompañaba. Ha sido necesario visitar ciento setenta y seis colecciones, de las que sólo setenta han prestado servicio; pero de todas ellas las principales, las que constituyen la base del estudio, son la de don Arístides Rojas, que pasó a la Fundación John Boulton, y la de don Leopoldo García Quintero, hoy en poder de su viuda. El criterio selectivo de estas colecciones, sobre todo de la primera, según palabras del propio Rojas, es éste: «Lejos de nosotros la idea de traer a nuestra colección cuanto pueda conseguirse en el Viejo Mundo, respecto de objetos pertenecientes a la cerámica antigua. Nuestros límites han sido trazados de antemano: los de la familia americana».

Con este criterio selectivo se cumple de antemano el propósito de los autores del libro, es decir, indagar cuál fue el gusto del venezolano del período colonial. No sólo para los venezolanos, sino también para nosotros los españoles, tiene gran interés el primer capítulo que trata de «Las lozas españolas». Por él desfilan, acompañadas de jugosos comentarios, olambrillas, azulejos, morteros, piezas de vajilla, platos, fuentes, escudillas, jarras, lebrillos, etc., procedentes de los principales talleres españoles, predominantemente de Sevilla, seguida de Teruel, Cataluña, Manises, Talavera, Puente del Arzobispo, Alcora y otros. Esta aportación viene a enriquecer nuestro conocimiento de la cerámica propia.

De sumo interés etnológico y un tanto arqueológico es el capítulo que dedican los autores a «La loza de la tierra», que ante la llegada de obras extrañas, parece que se repliega manteniendo tipos tradicionales, buscando sus raíces en la cerámica aborígen y, sin otras pretensiones de arte o de riqueza, se ciñe a elaborar meros instrumentos de uso cotidiano.

Los restantes capítulos de la obra, también muy interesantes, están dedicados a la cerámica mejicana, cuya presencia en tierras venezolanas fue paralela a la de otras manifestaciones artísticas; a la porcelana china, introducida abundantemente por comerciantes portugueses y compañías comerciales inglesas, y, finalmente, a las lozas de Holanda, Francia e Inglaterra, representadas sobre todo en piezas de vajilla.

Este libro de los señores Duarte y Fernández es ejemplar por su acertado método expositivo, por su excelente presentación tipográfica y, sobre todo, por su contenido, que constituye una extraordinaria aportación

al estudio de las artes aplicadas en el continente americano, de tanto interés para nosotros.

D. O. J.



LOS GATOS, de Luis J. Clavería, Cuenca, Ed. Olcades, 1980.

He vuelto a leer el libro **Los gatos**. Y, ciertamente, después de haber pasado ya un tiempo desde mi primera lectura, tengo que decir que continúa siendo un libro definitivamente renovador y desconocido. Aunque se publicase en mil novecientos ochenta, al ser Premio César de Poesía, en Cuenca, un año anterior.

Para quienes desde nuestra insatisfacción poética gustamos, en cualquier tarde o noche, de sus versos, nos puede ser, hoy, muy grato el recordar; y aún en descubrimiento, para otros, la enigmática música de unos versos melancólicamente sinuosos por el aire.

En todo libro de poemas existen, al menos, dos mundos convergentes. Uno que se nos otorga, desde la distancia, tras la percepción de cualquier hecho; y el otro que consiste, en colaboración con una determinada capacidad estilística, en la representación verbal y conceptual de esa misma realidad. Y en su preferida y comúnmente identificación puede estar el mejor poema.

Cuántas veces no hemos visto un gato, y sí sus ojos. Lo enigmático de la oscuridad, entonces, se nos ha convertido en un lento relamido, en la profunda mirada, en un sinuoso gesto y amarillo. Y, por supuesto, no en cualquier palabra...

Un adentramiento en la obra de Luis J. Clavería te permite disfrutar, desde su indudable condición poética, de unos recursos que van desde la misteriosa conclusión de su vocabulario a la presencia musical y al resultado sedante y trágicamente complaciente de sus versos. Ello otorga a su poética unas dimensiones más que subjetivas en las que se es consciente de un sentimiento de rehumanización donde se funden la actitud crítica, ya desde la frialdad o el lamento, con la reflexión y el enriquecimiento personal.

Los Gatos, además de ser original, si nos referimos, particularmente, al tratamiento de su temática, es una obra que tiene un considerable significado en cuanto que se define como personal y muy distinta del tipo de aglomeración poética que en estos últimos años se viene produciendo. Su importancia no estriba únicamente en su marcada personalidad,

que ya es de apreciar por su independencia, sino en las características que la representan; dando prueba y permitiendo un cambio evolutivo o una ruptura con el Culturalismo poético: El autobiografismo participa en sus poemas de una forma peculiar. No se fundamenta en la exaltación ni esteriotipación del Yo, ni en la soberanía representativa del hombre; sino que el autor interviene de una manera indirecta, ya por medio de una aceptación simbólica participando de una gradación representativa, que va desde la negatividad («No / Desgraciadamente / no soy uno de los vuestros») a la identificación aceptada con el símbolo («Me miro en el espejo y musito / Soy un gato»).

El poeta sirviéndose de los exponentes de un «realismo mágico» diluye su persona en la desconsideración y en la pérdida de su protagonismo, al que concede mayor importancia. Con el fin de resaltar tal cometido su preocupación parece centrarse en un afianzamiento ornamental que se logra al crear, con todo el conjunto del poema, un ambiente puramente poético. Un exotismo ambiental-poético más que una denotación puramente significativa, aislada o superpuesta mediante imágenes surrealistas. De aquí la razón por la cual sus encabalgamientos suelen ser suaves, encadenados o continuativos logrando toda una argumentación que sostiene todo el poema, aun siendo un símbolo nacido de unas intuiciones manifiestamente lentas y unas sensaciones profundas en sus resultados.

Es curioso ver que la adjetivación no es utilizada con una finalidad descriptiva y esteriotizante, pues mantendría —en sus poemas— en nerviosa actividad mental la imaginación del lector, sino que se produce y conduce a una evocación mental, a una reflexión y profundizamiento; y para ello emplea los sustantivos, ya en correlación expresiva o en contraposición para definir cualquier situación o cosa; sirviéndose, en otros momentos, de toda una frase descriptivo-expositiva («Pues les necesito esta noche de fauces / en que ni siquiera recuerdo / mi pobre e inútil nombre»). Y como ejemplo, también, las expresiones de origen atributivo-caracteriológico referidas a los ojos de los gatos («Los ojos de los gatos son tibios espejos / de sangre. / Es posible que sean puñales de luz / en la negrura»).

El elemento simbólico permanece y se justifica en su continuación —que no repetición— y muy lejos de superponer imágenes surrealistas o de distintos símbolos como unidades significativas que únicamente funcionarían en cuanto a sus posibilidades estéticas. En este libro, **Los Gatos**, la simbología, además de manifestarse en su capacidad estética,

se fundamenta en su identificación y en su comunicación ética al concedernos el resultado de sus pensamientos y sensaciones, sus apegos y costumbres, sus amores y deseos cotidianos, su interioridad reflexiva en un mundo expresivamente mágico y tan realmente sentido. Como lo es cualquiera de sus poemas.

Hay algo muy importante. Consiste en que el libro no pierde absolutamente nada de su valía estética cuando hace referencia a entornos diariamente vividos e, incluso, criticables. Se debe a la creación ambiental, al exquisito —delicadamente escogido— vocabulario; al fuerte y sinuoso impacto poético de sus versos y de sus imágenes, y a la agradable exposición de sus temas sin enarbolamiento ni presunción. Temas que se van refundiendo en y desde una hilaridad ambiental: La misteriosa y enigmática representación de los gatos, y, siempre, la Música. Estos dos protagonistas encarnan todo un acontecer individual que surge desde sus propias imposibilidades humanas para crearse y satisfacerse en sus más específicas circunstancias, que exceden a su personalidad, siendo consciente de la **felicidad** que se le proporciona en sus mismas limitaciones: En la pretendida y angustiosa soledad, el silencio que permite el tiempo cuando triste, la inquietante contemplación del reloj, el desvanecerse, el cansancio, el marfil que proporciona la memoria cuando voló Belleza y Tiempo, lo tan enigmático por distante del recuerdo, la seda fría e indestructible de cualquier noche quedando en la más cercana intimidad del propio cuerpo, el vivo suicidio que es amarse en el arte. Hechos de extraña música en acordes melancólicos, alegremente tristes, y sin nombre.

Las continuas referencias histórico-ambiental-musicales aparecen en gran parte de los poemas como auténtica proyección y desdoblamiento de la personalidad del poeta; de tal manera que el poema es como un resultado entre la conexión de sensaciones agradables, o no, proporcionadas en un momento musical y el recuerdo de otra estancia vitalmente distinta. Me viene a la memoria —por sentimiento, identificación y obra— la apacible figura de Marcel Proust reescribiéndose con ese placer que da el tiempo cuando está dormido, reencarnándose en un largo, muy largo, y largamente distante renglón de novela. Pues he aquí que aún Chopin siente frío, en su exilio parisino, oyendo «Mazurka con gatos», que Beethoven destruye las trompas disonantes frente al silencio de su cara, Mahler continúa leyendo en el «Nocturno lamentoso con lluvia y sin gatos» los cuatrocientos poemas de Ruchert, cuando sus «Kindertemlied» permanecen, todavía, llorando por aquel hijo perdido. Y la

nostalgia del juguete más antiguo queda furtivamente inmóvil como un cisne, «Súplica final a los gatos», en el lago de Tchaikovsky.

M. G.

—oOo—

CORDOBA. APUNTES PARA SU HISTORIA, varios autores, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1981.

El tipo de publicaciones a modo de miscelánea va adquiriendo carta de naturaleza en nuestra tierra con una notable aceptación por parte del público lector. En este caso sigue la pauta de una centripetación en torno a la historia de Córdoba abriendo su hontanar hacia nuestra Andalucía, por lo que podemos afirmar que no se trata de una serie de estudios deshilvanados y sin relación, sino que, por su planteamiento, siguen unas directrices preconcebidas de ir poniendo las bases, a la vez que completa la trama ya urdida, sobre un mayor conocimiento de nuestra ciudad mediante la aportación por parte de los autores de estos trabajos, y cuyo campo del conocimiento histórico se está ampliando de un tiempo a esta parte gracias a la aparición de una nueva generación de investigadores que se han incorporado a la ardua tarea de desentrañar el pasado de nuestra tierra. La historia local, como puente que conduce hacia otras cotas más ambiciosas, es meta prefijada y auspiciada por los más conspicuos investigadores y hacia ella está concebida esta publicación.

En una línea de aproximación al conocimiento de la antigüedad de Córdoba, encontramos las disertaciones de Bernier Luque y el profesor Rodríguez Neila. El primero, desde un punto de vista arqueológico y extendiendo su campo de acción al ámbito provincial, nos presenta una relación exhaustiva de los asentamientos, recintos amurallados y castillos, como resultado de un minucioso trabajo de campo y que constituye una guía imprescindible para quien pretenda ahondar en esta línea de investigación. Rodríguez Neila se plantea la fundación de Corduba con aportaciones varias basadas en el estudio directo de las fuentes clásicas, apoyadas en las excavaciones arqueológicas últimamente llevadas a cabo, así como su protagonismo en las luchas cesáreo-pompeyanas, especulando en torno a su título de colonia patricia.

Desde la óptica eclesiástica, Nieto Cumplido acomete la tarea tan sugestiva como es la restauración de la diócesis cordobesa como conse-

cuencia de la reconquista fernandina, matizando los pormenores de la organización religiosa —cabildo, parroquias—, a la vez que investiga los orígenes de los fondos económicos con que se les dota e incidiendo en el protagonismo de la Santa Sede en estos aspectos fundacionales.

En el campo de la socioeconomía un hombre de tan acusada nombradía en el bucear de la modernidad histórica como es el profesor Domínguez Ortiz, nos ofrece unas pinceladas magistrales de la vida cordobesa en aquella época, a la vez que abre campos para dicha investigación, apuntando directrices a seguir y posibles resultados a obtener.

El estudio evolutivo de las estructuras demográficas de la zona de influencia minera Peñarroya-Pueblonuevo con sus alternancias, directamente relacionadas con la coyuntura en las fases de auge y crisis industrial de la comarca, lo aborda Lorenzo García García. El profesor López Ontiveros centra su trabajo en el desarrollo de los sistemas agrarios en el valle del Guadalquivir y cronológicamente desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta nuestra más reciente actualidad, implicando en ello aspectos físicos, económicos, sociales e históricos que, conjuntamente, con una mayor o menor incidencia, según épocas y circunstancias, nos presentan una panorámica de la evolución agraria del valle bético desde el enfoque de un capitalismo arcaico hasta su concreción más reciente.

Inciendo específicamente en el tema económico, Castejón Montijano, después de hacer un bosquejo de esta problemática cordobesa a través de su historia, concluye señalando las causas de dependencia de la misma y la debilidad de su sistema financiero para acometer un proceso de industrialización duradero.

Dentro del ámbito de la sociedad moderna y centrada su labor investigadora en las minorías marginadas de esta época, Aranda Doncel nos traza una amplia panorámica de la esclavitud en Córdoba a fines del XVI e inicios de la centuria siguiente, mediante un análisis minucioso de su procedencia, edades, mercados, mercaderes y precios, con la incidencia de diversas variables, así como del status socioeconómico de sus propietarios.

En un enmarque cultural englobamos los trabajos de los profesores Cosano y Cuenca. En cuanto al primero nos presenta una información sobre los avatares sufridos por una de las entidades culturales cordobesas fruto de la Ilustración, la Sociedad Económica de Amigos del País, de la que surgieron como ramas de su tronco la actual Real Academia, la Escuela de Comercio y otras instituciones, cuyas publicaciones constituyeron la caja de resonancia de las nobles tareas de la extensión cultu-

ral, asistencia social y fomento de la economía, entre otras, desde su creación hasta su desaparición en el primer tercio del siglo actual. Cuenca Toribio, en su análisis de la cultura andaluza, extiende el entorno localista para plantarse ante el hecho regional; tema tratado, profundizado y querido por el autor, como se plasma en la realidad de sus últimas publicaciones. Materia totalmente novedosa —«se hace camino al andar»— desarrollada en una síntesis panorámica de la cultura andaluza, contemplada desde una óptica temático-generacional que da conjunción al binomio hombres-ideas.

Por último y desde el punto de vista de una realidad política de nuestra ciudad, el profesor Palacios Bañuelos presenta un análisis objetivo y pormenorizado de su situación durante el período 1929-36. Apretaada síntesis electoral significativa de las opciones partidistas predominantes y de los trasvases de unas a otras tendencias protagonizados por los políticos cordobeses en unos momentos clave para la historia de nuestros días.

R. V. L.